CAPÍTULO IV

La ciencia

La segunda cualidad que indispensablemente ha de poseer el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, es la ciencia.

HE

Después de la virtud, el más bello ornamento del educador viene la ciencia, aureola de luz que debe orlar su frente. Si para todo hombre después del temor de Dios ó la virtud, el mayor tesoro son la ciencia y la sabiduría, como dice un profeta, ¿cómo no lo serán para el educador? La virtud dice el santo Fundador de la Escuela Pía, es la más bella y esplendente corona; la ciencia, hermosísima vestidura.

Más facilmente transige el mundo con la falta de virtud en el maestro que con la falta de ciencia.

Rarísimos serían los padres que entregarían sus hijos para ser educados, si no los estimulase el cebo de la ciencia.

Es, pues, la ciencia la cadena de oro que une al educador con los jóvenes y sus familias; es la condición indispensable de su inmensa influencia en la sociedad.

Pero ¿qué ciencia se necesita para dignamente ejercer el Apostolado de la enseñanza? Sería lo mejor que todo maestro poseyera un conocimiento eminente y profundo de las ciencias, y al mismo tiempo y en el mismo grado el arte de enseñar y de acomodarse á nacientes inteligencias. Mas esto es raro, en general, imposible y no necesario.

Conviene volver á recordar que la ciencia es el hilo de oro que guía al educador en el laberinto del corazón del joven para implantar allí su más rico tesoro, la religión, y educarle perfectamente.

El educador digno ó que ejerce el Apostolado de la en-

señanza debe poseer la ciencia competente general y la ciencia competente especial.

Ciencia competente general es poseer á fondo la lengua de la nación y escribirla correctamente, conocer la historia, la geografía, la física, las matemáticas y otras cosas que el periodismo ha generalizado y que deshonraría al maestro no saberlas, como las saben las medianías ilustradas.

Ciencia competente especial es poseer verdaderamente lo que se ha de enseñar, los métodos de enseñanza ó pedagogía y la ciencia de la educación.

Si, además, estuviera el educador revestido de la eminente dignidad sacerdotal, se deshonraría á sí mismo, sinó poseyera á fondo la ciencia de la Teología y de las Santas Escrituras.

Todos estos conocimientos deberá poseer el digno educador á título de conciencia y justicia, á título de honor al cuerpo profesional, á que pertenece, á título del ascendiente que debe adquirir sobre sus discípulos, á título de legítima competencia sobre tanto educador indigno y á título de preciosa, legítima y modesta satisfacción.

No estará de más recordar con San Bernardo los cinco fines que pueden perseguir los que se dedican á las ciencias: hay quien quiere saber solamente por saber; esta curiosidad es vergonzosa ó inútil: hay quien quiere saber para ser tenido por sabio, vanidad vergonzosa, ridiculizada por el pagano Persio: Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter, no te crees por sabio, si los demás no te tienen por tal: hay quien quiere saber para vender su ciencia por dinero, por honores; avaricia vergonzosa; y hay quien quiere saber para edificarse á sí mismo, y esto es sabiduría, ó para edificar al prójimo y esto es caridad.

El digno educador deberá poseer á fondo lo que ha de enseñar: para enseñar poco hay que saber mucho; sin esto ni el educador tendrá el necesario ascendiente sobre sus discípulos, ni resolverá las dificultades que ocurrir pueden, ni sabrá, como dice Balmes, no sólo dar á conocer la ciencia, ni mucho menos desarrollar las facultades intelectuales

de los discípulos, sinó que será de todo punto incapaz para hacerles vislumbrar aquellos horizontes luminosos, aquellas cimas encantadoras, con que todas las ciencias se acercan á Dios, llamado con lenguaje divino en las Santas Escrituras el Dios de las Ciencias: *Scientiarum Dominus*.

Si poseer lo que se ha de enseñar á jóvenes y los procedimientos pedagógicos no es cosa difícil para los que han sido llamados por Dios al ministerio de la educación, no es lo mismo respecto de la ciencia de la educación que abarca el entendimiento, la voluntad, el corazón, las facultades sensibles, el hombre entero.

HEN

Sin la ciencia de la educación se camina á ciegas en asunto de tanta trascendencia. «Si tuviereis, dice Bossuet, que domar un caballo ó dirigir un rebaño, no podríais hacerlo sin competente conocimiento: ¿que será cuando se trata de educar y dirigir seres libres y racionales?» Esta es la ciencia más difícil, ha dicho un gran Papa: Ars artium regimen animarum.

Tres condiciones son necesarias para poseer una ciencia habiendo capacidad: 1.ª trabajo; 2.ª reflexión; 3.ª consejo ó docilidad.

El simple buen sentido y la constante experiencia nos dicen que sin trabajo constante y metódico no es posible llegar á poseer nada perfectamente. Como el ave ha nacido para volar y el caballo para la carrera, así el hombre ha nacido para el trabajo. Aún en el paraiso terrenal no hubiera existido la ociosidad, madre de los vicios: ahora el trabajo es penoso; más la costumbre lo hace ligero y agradable; sirve de expiación á nuestras faltas y es origen de muchas virtudes. Aún los que en el mundo han figurado como genios, no lo han conseguido sin constante y metódico trabajo.

Tres cosas, decían los antiguos, dan al hombre la posible felicidad de esta vida: tranquilidad de conciencia, contento con el estado y posición que se tiene y ocupación. Todo el mundo sabe cómo se aburre el que no está ocupado. Ahora bien, como en ninguna ciencia, en ningún método de enseñanza y, sobre todo, en la ciencia de la educación jamás se dirá la última palabra, de ahí la evidente necesidad para el digno educador de saber en todo los últimos adelantos para bien suyo y de sus discípulos. Compasión merecería el educador que pensara ú obrara de otra manera.

Deberá, pues, el digno educador hacer grandísima estima del tiempo, más que del oro; mirar todos los momentos, el presente que es el que tiene como un sacramento, que decía un sabio, y proponerse como divisa de su vida la de la V. Juana de Arco: «¡Viva el trabajo!»

Tesoro inapreciable le sería saber trabajar con constancia y método sin perjuicio de su preciosa salud.

En la Orden de Predicadores pasa como axioma, que no estudiar tres horas al día sin causa legítima es falta grave. Con mayor razón, dice un ilustre Obispo, obliga ese trabajo á los educadores que necesitan para educar bien más que para hacer buenos sermones.

Al hombre de oración y método nunca le falta el tiempo. La segunda condición para adquirir y conservar la ciencia es la reflexión. Los libros, el trabajo, el estudio proporcionan el alimento, la reflexión lo digiere y convierte en sustancia propia. De ahí la inmensa ventaja de la reflexión sobre el estudio. Con la reflexión y sólo con ella se llega al fondo de las ciencias y de las cosas: allí está la verdad, hija del cielo; y la verdad es el único alimento digno del alma inmortal. No sólo la falta de reflexión produce la superficialidad en las ciencias, es también causa de la mayor parte de los fracasos de la vida del hombre: no lo había pensado, no había reflexionado: ¿pues para qué tienes alma que pueda y debe reflexionar? La meditación tan indispensable en la vida espiritual no es en el fondo si no reflexión. Si el mundo, dice San Ligorio, está lleno de pecados y el infierno de reprobos, si sigue á Satanás, caminando de desolación en desolación, es como clama un profeta por falta de reflexión: quia nullus est qui recogitet corde.

Bacón en el *Novum Organum* siguiendo á Séneca, dice que hay tres clases de maestros ó doctores: unos, infatuados por el orgullo, desdeñan los conocimientos ajenos y sólo enseñan sus propias concepciones; á estos los compara á las arañas: otros enseñan lo que sin orden, ni reflexión han almacenado en su memoria; á estos los compara á las hormigas: y otros en fin, como las abejas, después de haber libado lo más exquisito de las ciencias, lo digieren con la reflexión, elaborando para sí y para sus discípulos la dulcísima miel de la verdad que, en último resultado, es el único constitutivo verdadero de la ciencia.

La tercera condición para adquirir y conservar la ciencia es el consejo ó docilidad, tan necesaria al educador para llegar á ser digno de su altísimo ministerio.

HE

Si á todo joven en cualquier carrera ó profesión le es indispensable la aplicación y docilidad para ser hombre de valía, nunca como al joven educador, á causa de su alto y trascendental ministerio, convendrá resuena en sus oídos y en su corazón: sé dócil y aplicado y llegarás á valer.

La sin igual importancia de la educación exige un concurso tal de conocimientos, luces y consejos que sólo fuertemente apoyado en la experiencia y sabiduría de los hombres gloriosamente encanecidos en este ministerio, entrará el educador con gloria en la carrera, salvará los escollos y arribará con felicidad á la meta, á do sólo llegan los que dignamente ejercen el *Apostolado de la enseñanza*.

Dicennos la Santas Escrituras: Pide consejo al hombre sabio. Que vuestros piés gasten la entrada de la casa del hombre sabio. Recibir un consejo con docilidad es ya pertenecer á la familia de la sabiduría. La obediencia practicada con amor produce en las almas la casta purificación de todos sus defectos.

«Aunque fuerais Salomón, el más sabio de los hombres, dice Fenelón, tendríais necesidad de pedir á Dios, ante todo, un corazón dócil. La sabiduría no se halla sinó en la docilidad: hay que aprender sin cesar, para enseñar bien, no sólo de Dios en la oración, sinó también escuchando á

los hombres. Despreciar el consejo de otro es llevar en el corazón el más temerario de los consejos: no sentir su necesidad es estar perdido y sin recursos. El sabio agranda su sabiduría escuchando á otros: aprende de todos para enseñar á todos, y en su docilidad se muestra superior á todos.»

La inteligencia pobre, estrecha es indócil, presuntuosa, confía en sí y desconfía de los demás; le falta el instinto de la luz y no ve más allá del estrecho horizonte de sí misma-

¡Desgraciado del educador indócil que cree saberlo todo y penetrarlo todo!

CAPÍTULO V

El carácter

1. — La tercera cualidad que necesita el que ejerce el *Apostolado de la enseñanza*, es el carácter.

Si la virtud y la ciencia forman el más rico tesoro de un hombre perfecto; si un corazón de oro y una inteligencia de ángel son el tipo de lo ideal, en tratándose del educador, á su corazón virtuoso y á su inteligencia en las ciencias ha de agregarse como elemento y cualidad indispensable, que sea hombre de firmeza, hombre de autoridad, hombre de carácter: sin esta cualidad ni su virtud, ni su ciencia servirán en la educación: hasta tal punto es necesaria esta cualidad, que si el educador no la poseyera, ó pídasela á Dios ó renuncie á su ministerio, dice Dupanloup: la Providencia no le ha destinado á la educación de la juventud.

La práctica completa de la educación se halla contenida en el carácter: todos los más importantes problemas de la disciplina moral y material, de los premios ó castigos, de la severidad ó de la dulzura, de los varios sistemas penitenciarios, de los despidos, etc. etc. están entrañados en esa cualidad eminentemente educadora, el carácter.